
ENSAYO LITERARIO.

BOLIVAR EN "SAN PEDRO."

POR
CESAR A. ZUMETA.

CENTENARIO DEL LIBERTADOR.

JULIO 24 DE 1833.

Caracas: 11 de Octubre de

1903

Querido Gabriel:

Te empeñas en que resucite este folleto al menos para aparecerse y pues que lo quieras, sea: Cuando tropezases con el primer dislate y sigas de tumbo en tumbo hasta donde la curiosidad te lleve, no dejes el librejo lanzando un ¡Uf! napoleónico, sino diciendo: "Buena es la costumbre romana de este César, de matar a sus hijos cuando son monstruosos y me hice cuando le aconsejé que lo exhumara este cadáver". Luego entiérralo sin ceremonias y déjalo como tu admiración lo tiene hecho.

V 864.4
Z 94

ENSAYO LITERARIO.

BOLIVAR "EN SAN PEDRO."

POR

CESAR A. ZUMETA.

CENTENARIO DEL LIBERTADOR.

JULIO 24 DE 1883.



CARACAS.

IMPRENTA DE EL MONITOR.

AVENIDA NORTE NUMERO 11.

Cast. B.H.

CUADRO I. (*)

Dame Amazónas un solo acento de tu rebramar sublime, que hace retroceder espantado al océano mismo y vosotros, vírgenes bosques americanos, prestadme el sonoro rumor de vuestro follaje y cuanto suave gorgceo exhala en vuestro umbrroso seno el turpial: ansío narrar las mortales torturas de aquel ante quien se descubren el Tiempo y el Destino, que unce el condor al flamígero carro de la victoria, y funde, al ardiente fulgor de una sola de sus miradas, las férreas cadenas que maniataban á cinco naciones.

¿Visteis al africano, soberbio leon, desafiar la audacia de avezados y valientes cazadores: ondeante la melena, erguido el indomable cuello, escarbar

(*) Tan conocidas son las frases de Bolívar, y tanto resaltan junto á las mias, que me ha parecido supérfluo subrayarlas.

la arena abrasadora del desierto, elevarla en torbellinos á sus violentos resoplidos, despertar los ecos todos con un rugido á cuyo pavoroso acento, repetido con tono aterrador por las pirámides lejanas, tiemblan en sus tumbas seculares los esqueletos de los viejos faraones?

¿Visteislo de un salto destrozar con garra poderosa á sus enemigos, y centelleante la pupila, hacer de nuevo retemblar con su grito de victoria al imponente coloso de piedra, la Esfinge, mudo guardian del conturbado Nilo?

¿Y visteis luego al Simoun, como sopla la tempestad sobre los mares, soplar las olas de arena del desierto, inflar bramando montaña descomunal que sepulta bosques de altivas palmas, cega límpidos manantiales, lo que ántes fuera oasis convierte en candente arenal, y traga por último, en sus cavernosas fauces al leon vencedor, sepultándole en sus antros de encendido polvo?

Tal Bolívar, acosada la Patria por los vencedores del gigante que herido de muerte en Waterloo va á caer moribundo; pero grande en Santa Elena..... reta, combate, acosa y anonada al ibero..... luego, se siente envuelto en hirviente atmósfera de ingratitud, oye rugir sobre su cabeza el huracan de la traicion, y el que cantó victoria bajo

dosel de mortífera y enemiga metralla, teme el rayo, próximo á estallar, de la tenebrosa nube que en torno suyo se arremolina con estrépito, envuélvese en el sacro manto del perdon, huye por vez primera, y va á caer agonizante, más grande que lo fuera nunca mortal alguno, en un lecho pobre y prestado, en un lecho español.

Bolívar en San Pedro es, empero, el testimonio eterno de que solo el génio recorre con olímpica serenidad las negras regiones del desengaño. Y es tambien el mentís solemne de que la desgracia pese sobre los hombres de inteligencia superior. No! Ese es su elemento, allí es donde se producen espléndidos, atletas vigorosísimos; cualquier otro enemigo es indigno de su ciclópea pujanza; su alma acerada se temple en la miseria, y no experimenta la voluptuosidad del placer, ni salen de la esfera vulgar de los talentos, los que no han hecho latir un punto con febril entusiasmo el corazón de la humanidad, clamando del hondo seno de su intensa pena: Fiat, más allá de las tinieblas que te rodean oh hombre! hallé la luz, y oyó mi alma el eterno *excelsior* que entonan las criaturas al Creador.

Obstáculos al parecer insuperables, aun cuando estos sean la desgracia misma, son los que sirven de gigante pedestal á los grandes hombres de todos

los tiempos. Sobre ellos es que se exhiben á la contemplacion de los siglos.

La naturaleza, maestra eterna, nos lo enseña.

Murmura el arroyuelo despezándose en su dorado lecho: intentad detenerlo y lo vereis elevarse airado, pujante, incontrastable. El arroyuelo es ya ariete hidráulico.

Rio caudal que serpeando cruza el valle, refleja en sus cristales la selvática belleza del paisaje y la inmensidad de los cielos, besa con sus ondas suaves la musgosa orilla, y súbito halla á su paso profunda sima que amenaza sepultarlo en su negro, espantoso seno; un punto se detiene, mide sus fuerzas é impetuoso se lanza, atronando las vecinas selvas, y haciendo que los cavernosos ecos de su vencido enemigo, tímidos repitan su tronante acento.

Niágara entónces quizá se llame; el iris coque-teará en sus brumas, los génios de la soledad vendrán á soñar bajo dosel de coloreados vapores, en lecho de espumas, arrullados por el eterno retumbar de su caudaloso torrente: y si Heredia á sus bordes se allega, inspirado el vate, pedirá su lira de oro y un "Canto al Niágara" entonará con robusto acento!

Y la historia, testigo irrecusable, lo proclama.

Cólon, enfermó y pobre, llama á las puertas de la Rábida..... coronadas con espuma de audacia hasta él llegan, le salpican é insultan las ondas del piélago de ignorancia que un punto iluminara su génio: á sus piés se extiende provocador el piélago mismo sobre cuyo no domado lomo debe cabalgar hasta encontrar la tierra de promision del linaje humano: América: magnífica cuna flotante en donde duermen, arrullados por el murmullo solemne de dos océanos, el porvenir de la humanidad y sus grandes ideales: acepta el doble y tremendo reto, vence en el torneo insólito, y qué le importan sus cadenas, qué importa ese pobre Bobadilla maldito por la posteridad, si ya su alma presiente efluvios de gratitud americana!

La desgracia no hace mella en las grandes almas: ellas viven siempre en las alturas de la serenidad. Por eso "algo de divino se refleja sobre la frente del Héroe de Junin" (*) cuando abrumado de laureles marcha al destierro.

Sufrir por la Patria fué el supremo deleite que llenó de santo gozo su espíritu: morir por ella era realizar su constante aspiracion, alcanzar un ideal que vanamente persiguiera durante veinte años de épica historia.

(*) Tomas MármoL.

En lugar de martirio: transformacion insigne.

Lo que se le mostró calle de amargura, fué Vía triunfal de apoteosis; y el ignorado lecho que se le preparó, no Calvario, Tabor fué de trasfiguracion gloriosa.

Nada le restaba por hacer, escultor inspirado, contemplaba perfecta, diamantina, colosal, su obra maestra, aquella á cuya realizacion consagró su vida, la que en mil gloriosos campos tallara su espada: figura imponente, Colombia olímpica.

Confortado con esa vision inefable, Bolívar herido por la enfermedad fatal adquirida en Boyacá, Carabobo y Bomboná, aguarda al humilde cura de Mamatocos sin cuidarse de si la pobreza de los detalles desdice de la grandiosa solemnidad del momento en que vá á decir á Dios, por medio de su Ministro: "La mision que me diste está cumplida. Mis hijos, libres son desde Venezuela hasta Bolivia. Hallé siervos, dejo colombianos: más afortunados que yo han hallado la libertad que voi á buscar en tu seno!"

Ha llenado sus últimos deberes como hombre: se prepara á cumplirlos como génio.

Sumido queda en mudo éxtasis; los muros de su modesta habitacion desaparecen á su vista como ántes desaparecieran al fúlgido lucir de su invenci-

ble espada los iberos escuadrones. Tambien se ensanchan ante él los cielos y dan paso á una mujer hermosa, cautivadora, en cuya tersa frente la eternidad infundió su poderoso aliento, y cuyo rostro, en donde campea aire de majestad, inspira respetuoso al par que profundo amor.

Bruma de siglos y de misterio informa el trono que le sirve de sitial, y tan denso es como si las generaciones todas hubiesen contribuido á formarle. Viste inmenso velo que á manera de manto real le arropa: en él se miran estampadas indeleble y fielmente la fisonomía de los pueblos y el vestigio de las edades: á trechos está rasgado: en otras partes ostenta sangrientas manchas; parece como si la ignorancia y el crimen hubieran intentado desgarrarlo dejando en él la insolente huella de sus manos.

La Honradez y la Sabiduría marchan á su lado.

La vision avanza hasta acercarse al Héroe. Habla, y á su voz huyen las pasiones como si azotadas sintiesen sus espaldas por el látigo de las furias.

“Por la Fama, le dice, y la Justicia, sabedora soi de tu nombre y de tus hechos. Su brillo me hace anunciarte que se formulan tres cargos á tu memoria: las cadenas de Miranda, el sangriento

decreto de Trujillo, y la sombra vengadora del ajusticiado de Angostura.

“Soi tu juez. Habla!”

El profeta de la libertad oyó en silencio aquellos cargos.

Se le acusaba de ingratitud para con Miranda, el glorioso anciano que, sintiendo arder en su alma la fecunda llama del patriotismo, veía con dolor cómo desfallecía su brazo al peso de la espada, cómo su voz no era sonora y poderosa á electrizar el ánimo de sus soldados, y abrumado con la grave pesadumbre de su inmensa responsabilidad, firma con mano trémula la Capitulacion de Valencia, abdicando desde ese instante el honroso encargo de libertar un mundo.

Sin Miranda Venezuela va á gemir esclava: sus hierros se remacharán.

No. Que allí está aquel en cuyo cerebro privilegiado se verificaba el fenómeno portentoso de la gestacion de Colombia.

Entre la salud de la Patria y las glorias de Generalísimo no hay vacilacion para el hombre que se habia propuesto resolver el grandioso problema de si un pueblo esclavo puede ser libre.

Miranda cae; y Bolívar, á quien la fuerza del genio impele al ideal, se apresta á proclamar en un

paseo triunfal desde las bocas del Magdalena hasta la heroica Trujillo, la redencion de un mundo, y á fertilizar con sangre americana los campos de la gloria.

Así la roca que incommovible se asienta en la enhiesta cumbre de altivo monte, siente estremecerse bajo su planta el incontrastable cimiento al pavoroso rugir de los elementos: vacila, cede, y envuelta en torbellino de fuego, cae arrastrada por el torrentoso raudal de lava que incendia los bosques, amedrenta á los humanos, y corre sublime á cumplir la ley eterna de la naturaleza, que para crear destruye, y para fecundar desvasta y tala.

Se le acusaba por haber dictado el decreto de Guerra á Muerte.

Ah! La pobre ciencia de los críticos no es la que puede juzgar las grandes acciones de los nuncios providenciales que se encuentran como diamantinas piedras mitiarias fijando época en la historia de los pueblos.

No hablan los hombres de ingenio ni el vulgo de los talentos como habló Bolívar en Trujillo, obediendo á determinaciones nacidas de lo íntimo de su voluntad, que se cernia entonces por sobre todas esas cenicientas nubes creadas por la humana debilidad.

El no podía ni debía decir á sus soldados: “respetad la vida de los que no respeten la de vosotros ni vuestra libertad. No hagais mal á los que huellan con cínico furor vuestros fueros, que son los fueros eternos imprescriptibles del libre.”

El hombre cede siempre á las inspiraciones del momento. Presentadle mujeres cuya belleza embriague sus sentidos, flores que aromen el ambiente, música que sature de armonías sus oídos, y lo vereis inspirado y grande derramarse en amazónico torrente de ideas destinadas á endiosar á esa semidea insigne, gloria de la creación, flor de las flores, la mujer.

Presentadle hombres mutilados, otros arrastrando cadenas, cadáveres de patriotas, por horizonte sombras de muerte y fulgores de incendio, entre los cuales se destaque la figura siniestra de Tízcar; por atmósfera el humo de la pólvora y el vapor que se exhala de la sangre recién derramada; por cielo, á manera de terrífico MANE, THECEL, FARES, una bandada de cuervos que de antemano saboreen su presa; y por sobre las murmuraciones de la crítica, por sobre el rugido aterrador del ibero leon el que llamáis Libertador y Padre subirá al pináculo de su gloriosa vida para entonar con voz de trueno y vibrante, la marsellesa de nuestra gue-

rra magna, el himno insólito de nuestras glorias, el decreto de Guerra á Muerte!

Se le acusaba por la ejecucion de Piar á él que “odio eterno clamó á los que descan sangre y la derraman injustamente.....!”

Ah! Verdad, alma verdad, que mis profanos labios besen la dorada orla de tu rica vestidura, para que, purificados por el célico contacto, osen repetir dignamente las palabras del Héroe.

Informe, austera musa, tu espíritu estas páginas.

Y tú, sacra inspiracion, vuelve á batir tus encendidas alas sobre mi frente acariciada en otros dias por tu soplo bienhechor.

Aquel á quien jamás arredró bajo ninguna de sus múltiples y horribles formas la suerte, teñido el rostro con rubor de inocencia, contesta:

“Deidad severa: ese gran fallo debe ser pronunciado por el soberano á quien he servido, por el pueblo americano.

“Repítele, oh diosa, mis palabras.

“La Providencia me habia impuesto un encargo sublime: el de crear tres naciones.

“Por tremendo que fuese el deber que esa mision santa me impusiese, debia cumplirlo.

“La idea de libertad que germinaba en mil pechos nobilísimos, estaba amenazada de muerte por la

debilidad del glorioso anciano; llevé, pues, á cabo, la prision de Miranda en acatamiento á órden superior que me era necesario obedecer.

“ Me la dictaba la tremenda voz de Colombia.

“ El cielo me destinó para ser el libertador de pueblos oprimidos: vengo á libertaros, dije, siempre que hallé hermanos gimiendo bajo el yugo del coloniaje.

“ Corrí la carrera de la gloria sin esperar otra recompensa que la gloria misma, prometí á mis conciudadanos que Libertador ó muerto, seria siempre digno de la honra que me habian discernido; y en prueba de ello hice tremolar la bandera de Colombia hasta en los más remotos confines de la Tiranía. Sus seides no pudieron acercarse jamas á mis soldados invencibles sin expiar con su impura sangre la audacia de sus delirios.

“ Pero despues de la batalla nuestro objeto era desarmarlo: el prisionero era nuestro amigo: los hogares de nuestros enemigos eran asilos inviolables; y cada uno de mis soldados veia con respeto y ternura, como á su padre, esposa ó hijo, al anciano, á la vírgen y al infante.

“ Mis coetáneos no pueden hacerme, ni ménos lo podrá la posteridad, el cargo odioso de desamor á la humanidad.

“Y cómo correspondieron mis contrarios?”

“Tú lo sabes: recuerdas con horror aquella carnicería universal cuyas señales no lavarán los siglos.

“Hablen por mí los sangrientos manes de ancianos, mujeres y niños degollados sin merced por los más feroces de los tiranos.

“Sus cabezas divididas de los troncos verterán una sangre inmortal.

“Ellos profesaban por principio del derecho español que ningún juramento era válido con los americanos porque los esclavos pierden todo derecho con sus dueños.

“Perdonar, pues, á uno de ellos era un sacrificio de la raza americana: mostrarles indulgencia era conspirar contra la América.

“El Legislador Divino mandó destruir hasta lo inanimado de las ciudades sordas á su voz. ¿por qué no habia yo de hacer perecer á los que destruian hasta lo inanimado entre nosotros?”

“Ah! yo me hallaba autorizado por la Religión, por la política, por la justicia, por la razón y por la necesidad para anonadar á mis enemigos.

“Y no obstante, yo no declaré guerra sin cuartel á los españoles; con ellos combatí en la llanura de Carabobo y en la pampa de Junin; dicté, sí, el

justísimo decreto contra Tízcar, Zuazola, Antoñanzas y Bóves, fieras que no tienen patria, mónstruos que aún la tierra duda si son hijos de ella ó del Averno !

“ Y si un sentimiento de humanidad es el que os mueve á hacer esa imputacion á mi memoria, basto para acallararlo el saber que si no lo dije, lo hice ; miéntras pude salvarlos, los dejé vivir. Miéntras la salud de la Patria no me lo exijió imperiosamente respeté la vida de mis prisioneros.

“ Nunca fuí victimario ; empero, jamas descendí de la altura de mi deber !

“ En cuanto al último cargo, tú, que me juzgas, lo sabes ; Piar era una amenaza para la salvacion de Colombia.

“ Seducido por sus glorias, el vencedor en San Félix iba á hundir la obra de siete años de esfuerzos ciclópeos.

“ La muerte y la esclavitud iban á cubrir los desiertos que dejára tras sí la anarquía.

“ Reuní un consejo de guerra que libremente decretó su muerte.

“ Yo no queria ni podia influir en el ánimo de sus miembros.

“ No queria, porque siempre consideré “ el poder de matar como el atributo más vulgar de los

tiranos," (*) á más de que no aspiré nunca al triste renombre de verdugo de mis compatriotas.

"Y no podía, porque los hombres que formaban ese consejo eran tales que decían: "Si el general Bolívar tuviese la desgracia de delinquir y á nosotros nos tocase la de juzgarlo, no se nos vería decaer de la rectitud de nuestro proceder. (†)

"El día de la ejecución de Piar fué un día de dolor para mi corazón, pero de satisfacción para mi conciencia."

Un instante calló, y por aquellas mejillas que tostara el sol memorable de Gámeza y curtiera la pólvora en el Pantano de Vargas, rodó una lágrima. Por último, el atleta de la libertad haciendo un supremo esfuerzo: "Americanos, clama, pregunté á mi conciencia y muda está, no me acusa; el puñal del remordimiento no lacera mi corazón."

"Empero, continuó con voz ahogada, si persistis en considerar como crímenes..... el cumplimiento de tres obligaciones sagradas, y creéis..... que baste mi gloria á borrarlas, ahí teneis mi gloria..... jamas se habria empleado mejor."

Algo como reflejo de eterna fama irradió su frente al pronunciar esas palabras.

(*) J. V. González.

(†) Brion.

Y la Historia contesta :

“ Bolívar, el albo manto de tus glorias no será desgarrado.

“ En vano atentarán contra ellas tus enemigos.

“ En 1812, de pié sobre las ruinas que dejara el terrible sacudimiento, desafiaste la naturaleza : su-
be hoy sobre las ruinas colosales de tu gran creacion,
de Colombia, y desafia desde esa altura inconcebi-
ble á los siglos !

“ Tú tienes la inmunidad de lo inaccesible !

“ Hasta los Andes llegan así el condor de podero-
so vuelo como el reptil impotente y mísero ; pero
hasta los soles, Bolívar, apénas si alcanza la mirada
de admiracion y gratitud del hombre. ”

Dijo, y el encanto cesa.

CUADRO II.

En alas del patriotismo raudó me lancé á cantar un episodio inmortal; si no las he acercado demasiado á la tierra, si no se han deslustrado con el polvo de lo vulgar..... ah! entónces el Padre de la Patria, desde su trono de gloria, se ha dignado pronunciar una voz de aliento para su pobre cantor, y ella ha sido el verbo de mi obra. Y si ello es cierto, nada me arredra, y mi infecundo númen así socorrido, un paso más dará en la escabrosa ruta, para referir con torpe labio el postrero de los viajes cumplidos por el Grande á traves de lo infinito.

El gigante está postrado; su imaginacion creadora forja sombras que velan sus ojos, su rostro se contrae, se entreabren sus labios y dejan pasar palabras entrecortadas; los circunstantes, con res-

petuoso recojimiento, se esfuerzan por interpretarlas..... vano intento! Delira, piensan.

Santo delirio! Medita en los altos destinos de la América. Sus ojos se cubren de sombras porque á través de ellas mejor vé su alma. Delirio..... y goza en aquel momento su espíritu de la más espléndida de las fruiciones; insólito panorama se extiende ante él; armado de su prepotente intuición cruza el revuelto mar de los futuros siglos; vestido con la escafandra de la inmortalidad, buzo sublime, baja hasta sus profundos abismos en donde todo se derrama para él en brillantes claridades.

Nuevo Jacob, reclinada la ardiente cabeza sobre la dura piedra del infortunio, á una generosa orilla del camino de su destierro mira la fulgente escala por la que ha de subir primero, precursora espléndida, su gloria, y luego la gloria de la América.

Colón de la América regenerada como el que recorre sendero que le es familiar, animoso surca é intrépido la mar inmensa de los tiempos por venir.

Era el tercero de sus grandes viajes.

Desde una colina de la ciudad eterna emprende el primero de sus vuelos de águila: allí ensaya sus gigantescas alas el condor que más tarde debiera posarse sobre el Chimborazo. Prevée ríos de sangre, montes de cadáveres; y tras ellos, cual vaga forma



de brumosos contornos, la silueta magestuosa de la gran Colombia: nada, entónces le arredra, vadearé, se dice, los rojos torrentes, tramontaré los terribles montes hasta besar la dorada sandalia de la seductora maga que mi génio ha vislumbrado, hasta llegar á esa playa de eternos encantos, que he de encontrar más allá de un mar de lágrimas.

Más tarde, en Casacoima, rodeado de valientes, bate por segunda vez sus alas, y al volver de la brillante escursion, predice á sus tenientes, con la inspirada infalibilidad privativa de los génios, el glorioso itinerario que debia conducirlos de triunfo en victoria, hasta la ciudad de los Incas, más allá de Junin y de Ayacucho!

Se acerca el instante supremo de decir adios á sus hijos, piensa en ellos, necesita satisfacer una irresistible, infinita aspiracion de su alma á lo infinito: natural tendencia de lo inmenso á confundirse con la inmensidad! El soplo divino que le anima, en tanto no se pasea por lo desconocido, está aletargado, sueña.

Mira vision informe, primero; luego, de contornos delineados que se destacan rutilantes en tenebroso fondo, le reconoce: es el Tiempo.

“ Tiene el semblante venerable de un viejo, carga con los despojos de las edades: ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano.....”

— Héroe, le dice su voz tremenda, Colombia, tu colosal creación, se ha desmoronado, la pesadumbre inmensa de sus ruinas, pesa sobre tí, te aflige, jadeante estás: yo puedo consolarte, mártir y grande entre los mortales. Una de mis hijas, una Hora, se acerca á conducirte más allá de mis dominios: dentro de poco, la Eternidad, mi madre, amorosa te acogerá en su seno, y el Infinito, mi hermano, abrirá ante tí las diamantinas puertas de su imperio.

Dice, y la agonía de Bolívar comienza. Precedidas por la Realidad severa y fría, desfilan ante él sin turbar el silencio imponente del misterio, imágenes terribles.

Pavoroso cuadro!

Esfinje espantosa de la desolación, acércate, mi alma templada al sacro fuego del patrio amor no te teme.

Te necesito, dictame cuanto viera Bolívar en su agonía:

“Vasto campo, lobreguez, ruido de aceros, ayes de los vencidos que agonizan revolcándose en fango de lágrimas y sangre, el espectro de la Desgracia, horrible en su desnudez, marcha al lado de la Desesperación, cuya funesta tea incendia los corazones, los vencedores son hermanos, la sombra de



Cain envuelta en nube de fuego, se retuerce maldeciente, lanza histérica carcajada, y marca las frentes de los victoriosos con letras cuyo siniestro resplandor dice: fratricida. El remordimiento piso-tea sus víctimas, el acento homicida de mil bocas de fuego atruena el espacio ennegrecido por el humo de la pólvora. Por sobre el luctuoso cuadro, ahogando gritos de victoria y ayes de agonía, hiélase el alma al escuchar el lúgubre *va victis* de la anarquía, que cubierta de infernales arreos, precedida de la ignorancia, la guerra y la venganza, agitada la cabellera por el soplo emponzoñado de las furias, hace rechinar bajo las ruedas de su carro de fuego los cadáveres que tapizan la vasta estension de un continente. . . . "Union, clama dolorido el Grande; union ó la anarquía os devorará. Si mi muerte contribuye á que cesen los partidos y se consolide la union, yo bajaré tranquilo al sepulcro." Clama: "y su rostro asume una expresion de inmortalidad!" (*)

El ángel santo de los últimos dolores, el que del seno de lo desconocido agitó las alas de azur y oro hasta posarse sobre el árida cima del monte Nebo, y oreó allí con un soplo de esperanza y de amor la frente de Moises: derrama ahora una lá-

(*) Larrazábal.

grima de sobrehumana angustia, que evaporada al calor del último pensamiento de perdón del Héroe, se eleva como perfumada nube, sustentando el alma gigantesca del cojoso americano.

Velado el rostro con las alas, sepárase del fatal recinto el génio de las batallas, hiende do-
liente el espacio, Gámeza y Boyacá le miran inconsolable en su duelo, y se turban al escuchar la siniestra nueva que como alarido de desesperacion rasga los aires. Tras él se lanzan, anegados los ojos en llanto, las sombras de los invictos Libertadores, Carabobo se estremece al escucharlo, y la brisa no osa rizar con su perfumado beso la tersa superficie del majestuoso lago. Tiembla en San Mateo la memorable colina, y el luctuoso mensajero, cada vez más triste, vuela á anunciarlo á otras regiones.

A la voz del angélico nuncio, un valiente se incorpora en su ignorada tumba, y, deten el vuelo — prorrumpo tristemente — dime si Colombia aun gime esclava?

Y la Victoria contesta: “Ya no hai españoles en Colombia. Al grito de *América libre* que del Guaire resuena hasta el Rimac, tiembla rabiosa España.”—Calla, y la angusta sombra se une rápida al grupo inmortal.

Reasumen el interrumpido vuelo, cruzan los Andes empinados:

*Y de los Andes la oracion sonora
Los funerales canta de San Pedro.*

Y al lamento de sus inmensos bosques se une el acento lastimero del condor, alado rei de nuestra zona.

De Pichincha, de Junin y de Ayacucho se alzan quejosas, egregias sombras, miéntas las ondas del Orinoco, del Amazónas y del Plata corren tumultuosas hasta avisarlo al viejo Atlante.

Ruge el océano y: ven oh tempestad—clama tremendo—quiero que tus negras alas agiten mi rugosa superficie, que bramadoras se levanten y rabiosas mis hijas las ondas, salven el débil dique de arena, arrollen ciudades y choquen contra los Andes haciéndolos temblar. Dice, se estremece de santa indignacion, y las flotantes poblaciones, que en su inmenso dorso flotan, juguete son de su furia.

Choca en Méjico, donde el brillante sol americano hace lucir las tumbas gloriosas de Morelos y de Hidalgo; Brion lo sabe y tambien el bravo Petion, y hasta en la lejana y lúgubre Carraca, despiertan á Miranda las ondas del turbulento Atlántico.

Si la inmensa bóveda azul, brillante artesonado

que ante nosotros luce y se estiende espléndido, desapareciese súbito á mi vista: si absortas mis miradas y ávidas vieran ensancharse los horizontes, borrarse las distancias, bogar en el espacio ilímite, cual magníficas lámparas de esmeralda, de oro y de topacio, los soles inmensurables, perseguidos como por enjambre de mariposas, por gigantescos planetas: si viese las vías lácteas resolverse en piélagos de universos, y cual fantásticos fuegos de artificio cruzar la inmensidad fúlgidos cometas; si cupiese en mi débil mente la perdurable armonía de sus parábolas sin fin, y alcanzase mi pobre fantasía una nota sola de ese cíclico poema que desde la eternidad cantan los mundos en sus inmensas trayectorias: si tal viese, entónces, podría explicaros lo que al moribundo de San Pedro se ofreció al separarse su espíritu inmortal del cuerpo que como veneranda reliquia legó con sus glorias á la admiracion de un Continente.

La inmensidad de su alma se desprende de aquel cuerpo que paseara triunfante desde las ardientes playas del Caribe, hasta las fuentes del Plata, álzase magestuoso del mísero lecho y dirigiéndose al rígido cadáver:

Dentro de poco, clama: *Ya no existe el sol de Colombia*, con voz de llanto repetirán mis hijos; y á mi, desterrado de los cielos, espíritu fe-

cundo: "Sal de Colombia" me gritaron con baldon. Blandieron en torno mio puñales parricidas, las negras alas del demonio informe de la ingratitude, golpearon mi pecho hiriéndole de muerte; y á tí, vil agregado de materia, forma que aherrojabas mi ser, barro ó infecundo polvo, ostentando vana pompa te copiarán en bronce, te cincelarán en mármol, encerrado en urna preciosa se descubrirán ante tí las cabezas que fulminaron contra mí anatema de muerte. "

Miéntas exhala la férvida queja tanto tiempo dentro el pecho comprimida, agrupados mira en torno á su cadáver, con faz de hondo duelo, á los que segundos ántes contemplaran inconsolables su agonía.

Oh vosotros, los que tal gloria alcanzásteis, permitid consigne aquí vuestros nombres. Brillen sí, en estas humildes pájinas, oscureciendo con la pureza de sus reflejos el merecido encomio, homenaje de admiracion, que como americano es tributo.

Reverend, el patriota frances, que desde las márgenes del Sena, huyendo la tiranía, vino á respirar nuestra atmósfera oxijenada por la libertad, mira con dolor como cae la más fuerte de sus columnas.

Silva, Recuero y Montilla, el bravo sitiador de Cartagena, al lado estan del valiente Willson, de

denodado Glen y del generoso herido de Santa Rosa.

Completan aquel cuadro único: Joaquin de Mier, y el glorioso inválido del 25 de Setiembre.

“Próceres de la lealtad, esclama la sombra reverenciable del Libertador. La posteridad os hará justicia.

“Envainad vuestros aceros, he perdonado á mis enemigos, imitadme, no vengueis los ultrajes hechos á mi memoria.

“La Historia cubrirá de oprobio sus nombres; y se envanecerá de los vuestros.”

Así habla á los leales valientes de San Pedro, en tanto una voz resuena en sus oídos, voz de mártir, á cuyo sonoro acento vuelve el rostro y, rebosante de admiración, mira ante él al filantrópico obispo de Chiapa, que: Bolívar, dice, los mártires de la causa que á la faz del mundo defendiste, te aclaman grande, yo me siento dignificado al anunciártelo.

Y su diestra señala cuanta valerosa tribu virgílica su hirviente sangre en los campos americanos.

Desde sus piés hasta distancias que la imaginación no alcanza, se extiende aquella vía láctea de mártires.

Allá, en las brumosas lejanías de lo inmenso,

ondea y brilla magnífico en las sienes de Manco Capac y Mamo Oello, primeros hijos del Sol, el *Totém* sagrado, insignia del poder supremo: y Tupac Amarú, el último de los incas, agita en su diestra el *Hantú* régio.

Allí los Aucas aguerridos, los Pehuenches y Arbacos indomables.

Toquis, incas, ulmenes y caciques ostentan bélicos arreos; confundidos en la inmensa multitud de apo-ulmenes, karaskenes y guerreros.

Allí Paramaconi, Tamanaco, y también el émulo de Scévola, Sorocaima insigne, ostenta sombrío el saugriente gaje de su patriotismo.

Parece como si el tradicional *quipus* hubiese sido enviado á todos los jefes, y reunidos deliberasen en torno al fuego del consejo, llenando con sus tribus incontables alguna dilatada pampa.

Tarmas y Carácas, Mariches y Teques llevan en triunfo á Guaicaipuro.

Vació está su carcax, ondeante el luciente penacho que luciera victorioso en mil terribles encuentros, su férrea mano empuña arco y flecha, que un tiempo hicieran temblar al fiero conquistador.

Audaz avanza por sobre el tremendo oleaje de lo invisible, hasta enfrentarse al Héroe, y blandiendo la terrible flecha, así habla:

“El gran jefe blanco paseó triunfante el sendero de la guerra, y condujo á sus valientes hasta las alturas de la libertad, más empinadas que los Andes.

“El Padre de la Victoria vengó á los indios que ántes de vivir esclavos, prefirieron morir lidiando.

“Guaicaipuro admira al gran jefe blanco, y le ofrece, en nombre de sus hermanos, su arco y su flecha.”

Un murmullo de admiracion, un hurra de entusiasmo, tremendo como el eco ronco de la tempestad, atruena el espacio.

Bolívar va á hablar.

La aurora de la gloria, las auras primeras de la inmortalidad que besan su frente: las gotas de rocío de las alabanzas perdurables titilando en aquella atmósfera etérea, cuyos confines son celajes de eterna dicha: aquel sublime de la gratitud entonado por un coro de inmortales, no solo satisface sino que es superior á cuanto su alma ambicionaba.

Bolívar va á hablar; pero España, primera sangre venezolana derramada por la libertad de la América, aparece ante él seguido del Cura de Dolores, Hidalgo, el sacerdote de la libertad, de Macaulay, el vencedor en Egido, de Lorenzo y Ve-

nancio Buroz, en cuyos labios la sonrisa de la adolescencia se mira confundida con la firmeza inquebrantable de las resoluciones heroicas, y tras ellos, como á través del ether, penetra el luminoso rayo que irradió lejana estrella, así, gallardo avanza el *émulo de Leonidas* en Palacé, Girardot famoso, envuelto en la tricolor enseña que desde Bárbula le sirve de magnífico sudario, y cubriendo los hombros del Grande con el manto envidiable: "Indigno soi, dice, de llevarlo en vuestra presencia—aceptadlo." Y al separarse, resplandeció en su frente la señal gloriosa que con su propia sangre grabára en día memorable el plomo español.

No repuesto aun de su admiracion Bolívar, mira frente á él á Ricaurte. El suicida sublime se le acerca con la impavidez misma con que ántes se acercara á la muerte. Ann surca su frente el ceño del heroismo, y es su magnífico pedestal la nube de pólvora sobre la que, espantando á España, se elevó hasta las eminencias de su propia gloria.

"Libertador, esclama, al estallar el parque sonrió Colombia: si mi sacrificio por la Patria merece premio, esa sonrisa me basta. Descansad, señor, en esta columna: es humo de San Mateo!" —Dice, y se retira rodeado de Villapol, el que le

pide algunas horas á la muerte para vengar á su padre y conservarlas á la defensa de su patria, de Campo Elías, el ínclito adalid de Mosquiteros, de Pedro Buroz, el niño-héroe, y de la pléyade de invictos que nacieran á la inmortalidad en aquella jornada memorable.

Bolívar da un paso, su ancha frente resplandece magnífica. Como choca el océano contra sus rocallosas riberas y se deshace en torbellino de espumas, así golpean sus sienes las olas del génio y se deshacen en turbion de ideas grandiosas.

Chispea sublime en su mirar la inspiracion; todos se aprestan á oír, pero Ríbas se adelanta, aquel ante quien la adversidad no pudo nada, el Vencedor de los tiranos en La Victoria; fulgores apolíneos irradian de su frente, su brazo levantado agita el histórico gorro frigio:

“Libertador, dice, amé la libertad, y este emblema glorioso desafió la furia de las balas en los campos de la muerte. Aquí, ante los bravos de Colombia y los mártires de la redencion de un mundo, lo ofrendo á la apoteósís del representante de las glorias de la América.”

El Héroe de Niquitao y los Horcones vuela á incorporarse al grupo de inmortales al lado de Rivas Dávila y de Morelos, el vencedor en Aca pulco.

Los mártires de Cartagena rodean al sabio Caldas, la ilustre víctima que inmortalizara con negro renombre á Morillo.

Los Carabaños, de épico valor, junto con Urquiola y las víctimas gloriosas de Acapulco, dan paso á una constelacion de héroes; á su frente están Piar y el prisionero de la Carraca.

El prócer insigne avanza hasta el vencedor en Boyacá.

Este le mira y :

“Miranda, dice, la enseña que implantaste victorioso en Coro, flamea hoi en el Avila, flamea en el Potosí y la respeta un mundo.”

Lágrimas anublan los ojos de entrambos, mientras se confunden en un abrazo de divina reconciliacion.

Embargada aún la voz, Bolívar se desprende de los brazos del majestuoso anciano, y estrecha la diestra del altivo Piar, diciéndole :

“Héroe, vuestra única falta la borró vuestra sangre; y solo sois ante la Historia, el invencible de Güiría, del Juncal y de San Félix.”

Piar, acompañado de Chipía y Landaeta, se retira.

Allá, de en medio á los que ante ella supieron morir, se destaca la adorable figura de Poli-

carpa Zalavarieta, la homérica heroína que desde el cadalso, magnífica de intrepidez, sublime en su supremo desden por la muerte, anuncia á sus verdugos el imperio de la libertad.

Petion, el amigo de los hombres, comparte con Belgrano, el argentino ilustre *que no tuvo más hijos que sus triunfos*, y con Balcarce, el adalid victorioso de Maipó.

Los dos mártires de ese prodigio militar, que fatiga á la Historia con sus portentosos detalles, las dos víctimas de las Queseras, miran acercarse á ellos al terrible Rondon, el invencible llanero, que viene de ofrendar su lanza, terror de los españoles, á los piés de Bolívar.

La sombra simpática del egregio Anzoátegui, llorosa aún por no haber muerto en el campo de batalla, admira la denodada pareja de aquellos bizarros adolescentes, que en la Casa Fuerte asombran muriendo al vencedor.

Róscio, Zanz y Zea, el Franklin de la América del Sur, al lado están de Madariaga y de Nariño, el que odió por instinto los tiranos.

Maurique, el impertérrito Pedro Leon Torres y Zaraza, pasmo de la española gente, miran como avanza impávido, Córdova, el rayo de la guerra, el gallardo campeón de Ayacucho.

Tambien la sombra de Iturbide ha querido

contemplar tanta gloria, y se une al grupo en que brillan: junto á Cedeño, el bravo de los bravos de Colombia, Plaza el que murió venciendo en Carabobo.

Fergusson ostenta en el pecho la sangrienta prueba de su fidelidad.

Sucre, el gran *Patroclo* del *Aquiles* americano, como el griego, semejante á los dioses, avanza hasta su ilustre amigo.

Y se reconocen, y se aman en la eternidad, y Sucre se coloca al lado de Bolívar y despues de él: á la manera que Ayacucho está al lado de Junin y despues de él.

.....

Mas, que intento! Mencionar á los héroes que concurren á la apoteosis del Grande.

Imposible!!

Antes se contarían los granos de arena que demarcan sus lindes al anchuroso Atlántico, ó las hojas que arranca á los bosques de la americana cordillera el aliento del huracan.

La imaginacion se turba: porque ellos pueblan las enantes desiertas soledades de lo absoluto, y hasta mas allá de los límites que demarca el infinito al pensamiento semejjando densas nebulosas, aborregan el horizonte grupos de americanos mártires.

.....

Por aquel cuadro, superior á cuanto la imaginacion pueda concebir grandioso y bello, paseó Bolívar una mirada, rayo vengador que aniquila tiranos, y con voz que electriza aquel auditorio único, dice:

“Hijos de la Victoria: Fuisteis los instrumentos de la Providencia para vengar la virtud sobre la tierra, dar libertad á vuestros hermanos, y anonadar con ignominia á los tiranos.

“Llevasteis á cabo la obra mas grande que el cielo ha podido confiar á los hombres: la de salvar un mundo de la esclavitud. La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor. Fuisteis invencibles, sereis inmortales.”

Y el coro atravesando con él, triunfador el espacio, contesta interrumpiéndole:

“Bolívar, tu nombre ilustre se pronuncia en Colombia con orgullo y en el mundo con veneracion.

“La Historia dirá de tí lo que tu génio le dictó; que tomaste el mando para crear tres Naciones, y lo relegaste para que las nacientes Repúblicas se gobernasen por sus leyes y no por tu voluntad!

“La Historia dirá algo más, héroe-atleta, dirá que el Dios de Colombia, que victoreaste en el Chimborazo y en el Potosí: eres tú.”

Súbito la voz de los héroes, enantes robusta y prepotente, se torna silenciosa como murmullo de arroyo. Todo, excepto la grandeza de Bolívar, palidece ante los coruscantes resplandores de una nueva vision, y todo calla ante su homérico acento, que atronando el ámbito, dice :

“Yo soi, como la Inmortalidad mi hermana, una emanacion de la vida universal. Mi cabeza se reclina al pié del trono de soles del Eterno y allí, como besan las auras la flor, besan y olean mi frente brisas de ideas creadoras. Las nubes que coronan las montañas de la tierra son el polvo que levantan mis sandalias en su atmósfera. Los arreboles de sus crepúsculos, y los celajes de sus auroras, son los reflejos de mi manto.—Gloria me llaman, y los cielos son mi etérea y flotante túnica.

“Una vez se dibujó en mis labios una sonrisa, y surjió del seno del océano la América, como surjieron de lo profundo del cáos los universos, viajeros de lo infinito, cantando el poema de la creacion, á una mirada del Espíritu Creador!

“Mis ojos se fijaron en el hombre y nació el génio, que es la más sublime manifestacion del espíritu. Y nació como todas mis creaturas, consagrado por la inmortalidad, para llamarse á traves de los tiempos, por misteriosa metempsicosis, en

sus eternos avatars: Moises ó Miguel Angel, Sócrates ó Colon, Washington ó Bolívar!"

Dijo, y algo pasó misterioso y grande, tras lo cual la Fama, heraldo de los cielos, paseando su luminoso ropaje, pregonó:

"En el seno de la Eternidad, y en los dominios del Infinito, la Inmortalidad ungió la cabeza del Padre de Colombia, y la Gloria, como á su hijo predilecto, ciñó sus sienes con corona de laurel."

En señalado lugar del espacio, templo inmenso á la Libertad, brillan como soles tres sitiales diamantinos. Sirve de dosel espléndido al central el Génio de la América. Sus alas encendidas se extienden magníficas y fulguran deslumbradoras.

El Génio de la Victoria, cuyo rostro refleja la terrible magestad de Colombia, sostiene las banderas del Iris, magnífica techumbre de otro de los tronos: y sobre el tercero despliega y tremola el Progreso el estrellado manto de la "Gran República"

El Ungido de la Gloria se acerca magestuoso á aquel punto en donde dos sombras augustas se incorporan. Sus rostros son reverenciabiles. Roma pagana los habria adorado como Dioses; Bolívar, reconoce en ellos á los padres tutelares de la Amé-

rica. Y era natural que los reconociese: por que entre Colon, Washington y Bolívar existen las simpatías de lo inmenso, las afinidades de lo gigantesco.

“Anciano magestuoso, dice á Washington, bajaste como yo á realizar una mision providencial.— Néstor de la Libertad, te he reconocido en tus miradas que llevan el sello de lo ideal, juntamente con la fuerza avasalladora de la iniciativa, que es la mas potente de las fuerzas, y en tu frente en donde lucen los resplandores de la inspiracion y la magestad del genio.”

Bolívar contempla la gloria del trono central y:

“Oh Colon! prorrumpo, yo aprendí tu nombre de oírlo pronunciar al Tequendama que puebla con su eufonía sublime las soledades que le rodean repitiéndolo terrible, sonoro y mugidor. Y del Atlántico mismo que en medio al fragor del huracan, lo manda hasta los cielos, envuelto en la mas feroz de sus tempestades. Por que es grande lo llevó una gran nacion, cuyo fragmentos mismos, colosales, son dignos de tí, oh Padre de la América!”

Y Colon responde.

“Bolívar, el coloso de Rodas es ante tí pigmeo de diminutas dimensiones, pues que, para pas-

mo de la asombrada humanidad, tú te presentas ante ella asentando la una planta en el Avila y la otra en el Potosí, envuelto en el manto de tus glorias! Los siglos, hermano, olas gigantescas que desprendiéndose de las playas de lo infinito, atraviesan el mar de los tiempos para ir á morir al pié de las rocas de la eternidad, recogeran tu nombre cantado en himnos de espuma por el violento choque de dos oceanos que: BOLÍVAR diran, con voz de tempestad en su concentrada furia.

Calla el glorioso genoves y el Patriota de Mount-Vernon, exclama:

“ Bolívar, la Victoria está inquieta porque el batir de sus alas no refresca como de costumbre tu ancha frente.”

El semidios americano va á ocupar su flotante trono: el consejo que preside los grandiosos destinos del Nuevo Mundo va á quedar completo: las grandes sombras se confunden en un abrazo de divina fraternidad: rodeados de invictos, ocupan sus eternas asientos, mientras más allá de la ruta de los mundos, la voz de los caóticos abismos de lo insondable proclama tres nombres:

COLON! WASHINGTON! BOLÍVAR!